

La comunicación como base para la interacción social. Aportaciones de la comunicología al estudio de la ciudad, la identidad y la inmigración

Marta Rizo Garcia - mrizog@yahoo.com/martukintla@hotmail.com.

Doctora en Ciencias de la Comunicación por la Universitat Autònoma de Barcelona (España). Actualmente, profesora-investigadora de tiempo completo en la Academia de Comunicación y Cultura de la Universidad de la Ciudad de México (México DF), profesora-investigadora de la Universidad Veracruzana (Boca del Río, Veracruz), miembro y webmaster de la Red Cibercultura y Nuevas Tecnologías de Información y Comunicación (RECIBER, México).

Resumo

Este texto apresenta uma reflexão a respeito das possíveis contribuições que pode fazer a comunicação ao estudo da relação entre a cidade, a identidade e a imigração. Num primeiro momento se define a comunicação, e se estabelecem vínculos conceituais entre este conceito e o de interação social. Num segundo momento, o texto aborda os três conceitos básicos objeto da reflexão. Para acabar, estabelecem-se alguns lineamentos para o entendimento da cidade, da identidade e dos processos migratórios desde o enfoque de a comunicação, e especialmente desde a dimensão da interação.

Palavras-chave: comunicação, Cidade, Identidade, Imigração.

Abstract

This text presents a reflection about the possible contributions that can do communication science to study of the relation among the city, the identity and the immigration. In a first moment the communication is defined, and conceptual bonds among this concept and that of social interaction are established. In a second moment, the text undertakes the three concepts basic object of the reflection. To finish, some features for the comprehension of the city are established, the identity and the migratory processes since the communication focus, and especially since the dimension of the interaction.

Keywords: communication studies, City, Identity, Immigration.

Resumen

Este texto presenta una reflexión acerca de las posibles aportaciones que puede hacer la comunicología al estudio de la relación entre la ciudad, la identidad y la inmigración. En un primer momento se define la comunicación, y se establecen vínculos conceptuales entre este concepto y el de interacción social. En un segundo momento, el texto aborda los tres conceptos básicos objeto de la reflexión. Para acabar, se establecen algunos lineamientos para la comprensión de la ciudad, la identidad y los procesos migratorios desde el enfoque comunicológico, y especialmente desde la dimensión de la interacción.

Palabras claves: Comunicología, Ciudad, Identidad, Inmigración.

INTRODUCCIÓN

Partiendo de una definición general que entiende la comunicación como proceso básico para la construcción de la vida en sociedad, como mecanismo activador del diálogo y la convivencia entre sujetos sociales, este ensayo se plantea como objetivo explorar las posibles aportaciones de la comunicología al estudio de la relación entre ciudad, identidad e inmigración.

En primer lugar, se establecen los principios constructivos de la comunicación como dimensión constitutiva de lo social, de ahí que abogemos por una discusión en torno a la comunicación que va más allá de los medios de difusión masiva. Así entonces, se parte de una perspectiva que está a caballo entre los modelos psicosocial y sistémico de la comunicación. El texto concluye con la exposición de las posibles articulaciones de la comunicación con la ciudad, la identidad y las migraciones.

1. La comunicación como dimensión constitutiva de lo social

Es sabido que la comunicación puede entenderse como la interacción mediante la que gran parte de los seres vivos acoplan sus respectivas conductas frente al entorno mediante la transmisión de mensajes, signos convenidos por el aprendizaje de códigos comunes. También se ha concebido a la comunicación como el propio sistema de transmisión de mensajes o informaciones, entre personas físicas o sociales, o de una de éstas a una población, a través de medios personalizados o de masas, mediante un código de signos también convenido o fijado de forma arbitraria. Y más aún, el concepto de comunicación también comprende al sector económico que aglutina las industrias de la información, de la publicidad, y de servicios de comunicación no publicitaria para empresas e instituciones. Estas tres acepciones ponen en evidencia que nos encontramos, sin duda alguna, ante un término polisémico.

El debate académico en torno a la comunicación ha sido dominado por una perspectiva que reduce el fenómeno comunicativo a la transmisión de mensajes a través de los llamados medios de comunicación de masas. Sin ánimos de considerar vacío e innecesario dicho debate, consideramos que la comunicación va más allá de esta relación mediada. Es, antes que nada, una relación interpersonal. En palabras de Jesús Galindo (2001) "la comunicación no sólo es una necesidad emergente, sino un estilo de vida, una cosmovisión, el corazón de la sociabilidad (...) La comunicación es efecto de un contexto ecológico de posibilidad, donde las diferencias se encuentran, pueden ponerse en contacto y establecer una estrategia para vincularse cooperando, coordinando, corepresentando"².

Desde esta perspectiva, hablar de comunicación supone acercarse al mundo de las relaciones humanas, de los vínculos establecidos y por establecer, de los diálogos hechos conflicto y de los monólogos que algún día devendrán diálogo. La comunicación es la base de toda interacción social, y como tal, es el principio básico, la esencia, de la sociedad. Sin comunicación, diría Niklas

Luhmann (1993), no puede hablarse de sistema social: “Todo lo que es comunicación es sociedad (...) La comunicación se instaura como un sistema emergente, en el proceso de civilización. Los seres humanos se hacen dependientes de este sistema emergente de orden superior, con cuyas condiciones pueden elegir los contactos con otros seres humanos. Este sistema de orden superior es el sistema de comunicación llamado *sociedad*” (Luhmann, 1993, p. 15), p. 4).³

Aún tomando como referencia a la propuesta de Jesús Galindo, los objetos de la comunicología se pueden organizar en cuatro dimensiones: la primera es la que se refiere a la expresión, las formas, la configuración de la información; la segunda tiene como eje central a la difusión, esto es, a los medios de difusión masiva; la tercera es la dimensión de la interacción, que tiene como centro a la relación entre sistemas de comunicación; y por último, está la dimensión de la estructuración, la más amplia, la más abarcadora, la que aborda la relación entre sistemas de información y sistemas de comunicación. En otro orden de elementos, la comunicología, desde su emergencia como campo del saber, se ha nutrido de las aportaciones teóricas de disciplinas muy diversas. En concreto, hablamos de siete fuentes teóricas de la comunicología, a saber: cibernética, sociología funcionalista, sociología cultural, sociología fenomenológica, psicología social, economía política y semio-lingüística⁴.

Según el diccionario de la Real Academia Española, la comunicología es la ciencia interdisciplinaria que estudia la comunicación en sus diferentes medios, técnicas y sistemas. La perspectiva sistémica que nos interesa, sin embargo, apunta una definición sustancialmente distinta, y entiende a la comunicología como el “estudio de la organización y composición de la complejidad social en particular y la complejidad cosmológica en general, desde la perspectiva constructiva-analítica de los sistemas de información y comunicación que las configuran” (Galindo, 2003, p. 12).

Esta perspectiva de corte sistémico encuentra su fundamento en la comprensión de la comunicación como telón de fondo de toda actividad humana. Dicha actividad se constituye en social, y como tal, persigue o implica objetivos sociales. Como reguladora de las relaciones humanas, la comunicación debe entenderse, por lo tanto, como base para toda interacción social. Y es más, plantear la comunicación desde el punto de vista sistémico implica considerarla como un conjunto de elementos en interacción donde toda modificación de uno de ellos altera o afecta las relaciones entre otros elementos⁵.

Así entonces, puestos a considerar el proceso de la comunicación, debiera tenerse como telón de fondo que toda la actividad humana, en tanto que vida social, se constituye en actividad social con objetivos sociales. Esta visión, claramente sistémica, y que tiene sus orígenes en las aportaciones de Talcott Parsons (1966)⁶, señala cómo la acción social no consiste tan sólo en respuestas particulares ante estímulos situacionales particulares, sino que el agente envuelve la relación de un verdadero sistema de expectativas relativas a

la configuración social en que se encuentra. El concepto de interacción social organizada parece ser el que mejor define la relación social. Aunque las interacciones sociales en forma de relaciones terminan por fijarse ritualmente en esquemas de conducta social.

2. Interacción social e interacción comunicativa

Inevitablemente, en el estudio de la comunicación en el medio social, ésta se halla relacionada con los conceptos de acción e interacción. La acción social puede ser entendida desde la perspectiva positiva de Émile Durkheim (1973) como el conjunto de maneras de obrar, pensar y sentir, externas al individuo y dotadas de un poder coercitivo, en cuya virtud se imponen a él⁷. O puede ser entendida desde la perspectiva subjetivista de Max Weber (1977), en la medida en que los sujetos de la acción humana vinculen a ella un significado subjetivo, referido a la conducta propia y de los otros, orientándose así cada una en su desarrollo. O puede finalmente comprenderse a partir de la fusión de la óptica positiva y subjetiva, que se integran en el concepto más holístico de praxis social, desde la que todo conocimiento humano individual, inserto en el conocimiento social, está basado en las relaciones sociales de producción y transformación de la realidad, que han sido fijadas por los propios hombres en un proceso de desarrollo real y material de las condiciones históricas dadas.

56

Los seres humanos establecen relaciones con los demás por medio de interacciones que pueden calificarse como procesos sociales⁸. Así, la comunicación es fundamental en toda relación social, es el mecanismo que regula y, al fin y al cabo, hace posible la interacción entre las personas. Y con ella, la existencia de las redes de relaciones sociales que conforman lo que denominamos sociedad. Así entonces, los seres humanos establecen relaciones con los demás por medio de interacciones que pueden calificarse como procesos sociales. Y como ya quedó claro, toda interacción se fundamenta en una relación de comunicación.

Cicourel (1979) toma la noción de “esquema común de referencia” de Alfred Schutz (1964) para definir toda situación de interacción social. Según el autor, “a partir de los procesos interpretativos los actores pueden comprender diferentes acciones comunicativas, reconocer las significaciones y las estructuras subyacentes de las acciones comunicativas, asociar las reglas normativas generales a las escenas de interacción vividas por medio del conocimiento socialmente distribuido, desglosar la interacción en secuencias” (Cicourel, 1979, p. 13).

En este sentido, esta perspectiva nos permite establecer ya un primer vínculo entre identidad y comunicación. En primer lugar, porque la identidad, como emergente, siempre es producto de los procesos de interacción social. Y en segundo lugar, y derivado de esto primero, la identidad es un proceso de negociación y ajuste que conforma la construcción de la intersubjetividad y el mundo de significados compartidos. La identidad, así entonces, requiere de la interacción para ser definida y negociada.

Los elementos simbólicos, “susceptibles de ser dotados de un significado subjetivo por parte de las personas implicadas en la acción” (Gómez Pellón, 1997, p. 110), son los que nos permiten hablar de la interacción social. Y dado que toda interacción social se fundamenta en la comunicación, es pertinente hablar de interacción comunicativa.

La interacción comunicativa es un proceso de organización discursiva entre sujetos que, mediante el lenguaje, actúan en un proceso de constante afectación recíproca. La interacción es la trama discursiva que permite la socialización del sujeto por medio de sus actos dinámicos, en tanto que imbrican sentidos en su experiencia de ser sujetos del lenguaje. En este sentido, interactuar es participar en redes de acción comunicativa, en redes discursivas que hacen posible, o vehiculan, la aprehensión, comprensión e incorporación del mundo. Interactuar, entonces, nos permite comprender el entorno físico y dotar de sentido y significado a nuestra experiencia en el mundo⁹.

3. La ciudad desde la óptica de la comunicación

Los enfoques de la comunicación están enriqueciendo el abordaje, la explicación y el análisis de lo que representa la ciudad desde un punto de vista social, económico, político o urbanístico. A los enfoques sociológicos, económicos, antropológicos y urbanísticos, así pues, hay que sumar la relevancia que toma la ciudad como objeto de estudio primordial para la disciplina de la comunicación.

Aunque la pregunta por la ciudad y las formas de vida que se dan en ella no constituye una novedad en el campo de la comunicación, se puede afirmar que, en la actualidad, esta vieja preocupación requiere de una mirada más abierta, interdisciplinar, que no reduzca los estudios a los conjuntos de prácticas comunicativas que tienen como telón de fondo el espacio ciudadano. Esto es, si bien se ha abordado la ciudad desde la comunicación, se aprecia una falta de problematización del papel mismo de la ciudad como generadora de formas de socialidad – y de comunicación – específicas. Los estudios sobre prácticas culturales-comunicativas, por un lado, y los estudios acerca de la presencia de los medios de comunicación en el espacio urbano, por el otro, han sido las temáticas predominantes en las investigaciones que han abordado la cuestión desde la disciplina de la comunicación.

A pesar de lo reduccionista de los abordajes apuntados, no se pretende afirmar en ningún momento la inutilidad de tales estudios. En palabras de Rossana Reguillo (1997), “la pregunta por la comunicación en la ciudad no se reduce a la infraestructura de los sistemas comunicativos, a la configuración de públicos en relación a esta infraestructura, aunque unos y otros de estos elementos sean parte consustancial de todo estudio sobre la ciudad y puntos de partida para el análisis, mientras no conviertan a la ciudad en un sistema cerrado o se diluyan en una apertura infinita” (Reguillo, 1997, p. 27).

“Entre las muchas representaciones (o imágenes y paradigmas) utilizados para interpretar la ciudad, aquella que la ve como un sistema de comunicación es probablemente la más actual y significativa” (Gómez Mompert, 1998, p. 1). Entendemos por sistema un conjunto complejo e interrelacionado de espacios, actores y acciones en actividad constante. Como ya se ha dicho anteriormente, uno de los principios básicos de la teoría de sistemas es que la sociedad no puede existir sin la comunicación; es, en sí misma, comunicación.

Dentro de estas reflexiones que consideran la ciudad como sistema de comunicación, destacan aquellos autores que enfatizan que la importancia de la ciudad se debe a su capacidad para establecer vínculos comunicativos. Al respecto, Marc Guillaume (1993) afirma que “lo que hace que la ciudad sea el espacio conmutativo por excelencia es la capacidad de establecer (o de cortar) la comunicación y el intercambio entre los hombres o entre los hombres y la información o incluso entre los hombres y las cosas” (Guillaume, 1993, p. 49)¹⁰.

Alfredo Mela (1994) considera que el entorno o sistema urbano puede ser planteado como producto de la interdependencia de tres subsistemas con lógicas de funcionamiento, reglas y dinámicas autónomas: un sistema de localización de la actividad; un sistema de comunicación física, y un sistema de comunicación social (Mela, 1994, p. 10). El primer subsistema haría referencia a los campos sociales que constituyen una ciudad; el segundo contiene todo lo referente a los soportes físicos empleados para la transmisión de información; y el tercero, por último, englobaría las formas de comunicación, de interacción comunicativa, que se dan entre los diversos actores que conforman la ciudad.

Si partimos de que la ciudad es un espacio de sociabilidad, de construcción de sujetos, mirar la ciudad desde la comunicación implica, en primer lugar, considerar la relación entre la cultura objetivada – lo que en palabras de Pierre Bourdieu (1992) constituyen los campos y sus capitales específicos – y la cultura incorporada o interiorizada – el “habitus”, siguiendo la propuesta del sociólogo francés. Ambas culturas se ponen en escena en forma de lo que él mismo denomina prácticas culturales. En palabras de Rossana Reguillo (1997), esta consideración se resume en “la observación de la presencia de instituciones, discursos y prácticas objetivas en las representaciones de los actores urbanos” (Reguillo, 1997, p. 24). La relación entre lo objetivo y lo subjetivo, dimensiones básicas de la cultura y, por ende, de la identidad cultural, puede ser mirada y objetivada en las prácticas sociales o culturales, a partir de ejes analíticos y organizadores de la ciudad como son lo público y lo privado, lo central y lo periférico y, en una dimensión más simbólica, lo legítimo y lo ilegítimo. Así entonces, la ciudad no se reduce a su dimensión espacial o campal – objetiva –, pero tampoco es sólo un conjunto de representaciones incorporadas por los sujetos. Es, como queda claro en la afirmación anterior, una compleja combinación entre ambas dimensiones.

Las percepciones acerca de la ciudad contemporánea se alimentan en gran medida del imaginario urbano construido, representado y narrado por los medios de difusión masiva. Así entonces, la ciudad y sus representaciones mediáticas se producen mutuamente. Como constructores de la realidad, o difusores de representaciones sociales¹¹ acerca del mundo, los medios configuran un determinado “mito urbano”. En palabras de Amendola (2000), “viajamos atraídos por estas imágenes de ciudad y de lugares, frecuentemente sólo para encontrar en la experiencia la confirmación de la imagen conocida y para poder narrar nosotros mismos un relato de ciudad ya escrito” (Amendola, 2000, p. 173). En este sentido, compartimos con el autor que la imagen urbana, en su dimensión mediatizada, es penetrante y constituye un importante factor de socialización que anticipa el conocimiento de las ciudades, que se convierten en algo conocido antes de haber sido vividas o experimentadas.

En la misma línea se sitúa la reflexión de Gómez Mompert (1998), quien afirma que “la construcción imaginaria de la ciudad, producida por las industrias de la cultura y de la comunicación, entabla individual y colectivamente un diálogo con el ciudadano, quien contrasta su visión con la versión mediática, retroalimentándose mutuamente” (Gómez Mompert, 1998, p. 3).

59

En este sentido, se puede decir que los ciudadanos, sujetos sociales, leen la ciudad como primer referente de su experiencia existencial, y a la vez, negocian sus percepciones y vivencias con las lecturas que vienen propuestas – o impuestas – por parte de los medios de difusión masiva. Se produce, así entonces, una negociación – que puede ser compartida o puede generar un choque – entre las cosmovisiones producto de la experiencia subjetiva de los individuos y las versiones que los medios construyen sobre la experiencia urbana.

Lo interesante del debate es ver hasta qué punto una y otra dimensión pueden entenderse de forma independiente. Esto es, ¿hasta qué punto podemos hablar de experiencias y percepciones subjetivas acerca de la ciudad sin tomar en cuenta la imagen que de ella transmiten los medios? Y a la inversa, ¿pueden los medios construir versiones sobre la experiencia urbana sin antes aprehender cómo es que está siendo vivida la ciudad por parte de los sujetos que la habitan? La imposibilidad de dar respuesta a una y otra pregunta nos sitúa en el centro del debate, y hace que consideremos, antes que nada, la interdependencia entre las versiones e imágenes de la ciudad, vivida y construida mediáticamente.

Las imágenes que de la ciudad tienen sus habitantes – y, siguiendo la argumentación del párrafo anterior, también aquellas personas que no la habitan – se nutre, por tanto, de construcciones mediáticas. Sin embargo, el vivir la ciudad aporta una experiencia que difícilmente puede ser substituida por la imagen que de ella conforman los *media*. Esta afirmación se sustenta en que, a pesar de que una ciudad es impensable sin su relato, sin el imaginario o la representación que se crea entorno a ella, dicho relato es diferente

al objeto que representa; no obstante, analíticamente es difícil, quizás imposible, cortar esta estrecha relación entre la ciudad y las narraciones que la toman como objeto a representar.

Y es que la ciudad puede ser mirada y vivida de muchas y muy diversas maneras. Las narraciones de los medios son, solamente, una forma posible de ver la ciudad. Dada esta multiplicidad de miradas, de formas de ver y vivir las ciudades, podemos decir que las fronteras entre la ciudad y los relatos que se hacen de ella tienden a perderse o, al menos, a difuminarse. Y a ello han contribuido en gran medida los discursos de los medios de comunicación, en cuyos discursos “el mundo real se transforma en un espectáculo permanente en el que se eliminan las barreras entre actor y espectador, entre simulación y realidad, entre historia y ficción” (Amendola, 2000, p. 81).

Desde otras perspectivas, se pone el énfasis en los tipos de discursos que circulan por el espacio urbano, discursos que se entretajan para dar lugar a formas de socialización concretas. Y, por ende, a formas de percepción (autopercepción y heteropercepción) también específicas. Hugo Gaggiotti (2001) considera que en la ciudad pueden producirse dos tipos de discursos: unos, los que incluyen las percepciones de los elementos de la cultura que entienden el término “ciudad” en función de estructuras permanentes de la mentalidad constitutiva de la cultura urbana (el pueblo, el vecindario, la ciudad); y otros, los que incluyen las percepciones de los grupos sobre acciones propias a la vida urbana, acciones que los grupos advierten indisolublemente unidas a lo urbano y hacen que la ciudad se perciba especialmente a partir de estas categorías mentales. Sobre estas percepciones, dice Gaggiotti (2001), los grupos gestan una percepción de la ciudad en la que reconocen tres formas posibles:

- a. “*Una ciudad idealizada en el pasado*”, que les sirve para explicar el origen y justificar y tratar de entender su presente por la búsqueda del génesis, el “de dónde venimos”, “cómo nacimos”. Esta ciudad se construye a partir de la invención de elementos simbólicos, lugares y personajes, que se ligaran muy especialmente a un momento, también simbólico, que se denomina la “fundación de la ciudad”.
- b. “*Una ciudad idealizada en el futuro*”, que ayuda a los grupos a organizar su proyecto de ciudad, la cual se compara y liga a otras ciudades. En esta mimesis con otras ciudades se procura, además, la búsqueda de la identidad colectiva a partir de la comparación (“somos como”, “somos distintos a”, “Barcelona es como”).
- c. “*Una ciudad idealizada en transición*”, que cohesionan los grupos en torno a un discurso polarizador, o bien a favor de la ruptura con el pasado o bien a favor de la continuidad con el pasado, como condición indispensable para la consecución de la ciudad (Gaggiotti, 2001, p. 229) ¹².

Por lo dicho en este apartado, consideramos que un ámbito que no consiga establecer condiciones para la comunicación es imposible que se constituya como ámbito urbano. Vista desde la comunicación, la ciudad se convierte en un escenario con anclajes de creatividad teórico-metodológica para “entender

las distintas formas de agregación social y las maneras que los actores se sitúan en su entorno espacial en un proceso que los constituye al tiempo que son constituidos, dinamizando (con ellos) la cultura” (Reguillo, 1995, p. 131).

Así entonces, la ciudad es escenario privilegiado de interacciones sociales y, por tanto comunicativas. Desde esta perspectiva, deberíamos entender la ciudad como sistema de comunicación, como red de relaciones sociales que sólo son posibles mediante la comunicación.

4. LA COMUNICACIÓN COMO PRINCIPIO CONSTRUCTIVO DE LAS IDENTIDADES

La construcción de identidades se fundamenta en sistemas de clasificaciones de los sujetos sociales, establecedores de un “nosotros” frente a un “ellos”. Dichas construcciones requieren de interacciones entre sujetos, y la interacción es, en sí misma, comunicación. Partiendo de esta definición que entiende la comunicación como proceso básico para la construcción de la vida social, como mecanismo activador del diálogo¹³ y la convivencia, debemos preguntarnos qué papel juega ésta en el juego constante de negociaciones, de definiciones y redefiniciones identitarias.

61

Un enfoque interesante para el estudio de la identidad desde la óptica de la comunicación lo proporciona la Psicología Social, que ha abordado la comunicación como proceso mediante el que el ser humano adquiere la conciencia de sí mismo. Los orígenes sociales del *self* o “sí mismo” se pueden sintetizar como sigue: la conciencia de uno mismo se construye de forma dinámica a través de las interacciones que los sujetos establecen entre sí.

4.1. Los aportes del Interaccionismo Simbólico¹⁴

Que nos podamos percibir como un “yo” (o dentro de un “nosotros”) depende de nuestra capacidad para ver a los demás como “otros”. La cultura y el aprendizaje humanos se realizan mediante la comunicación, o interacción simbólica, por la que se adquiere el propio sentido del ser, carácter e identidad. Según Charles Horton Cooley (1964), el yo reflejado, o “yo espejo”, es la constitución de un yo a partir de la interacción con los demás. Para otro de los autores más representativos de la corriente del Interaccionismo Simbólico, George Herbert Mead (1959), esta constitución hace del yo un ser objetivo y subjetivo, de forma que este último es capaz de considerar al objetivo (mi o me) abriendo paso a la conciencia. Para Mead, vamos adquiriendo nuestro sentido del yo de un modo simétrico a nuestro sentido de la existencia del otro. Así, cada uno de nosotros llega a ser consciente de una especie de “otro generalizado”, a saber, la sociedad en general.

Cada situación de interacción se define atendiendo al bagaje simbólico que poseemos y que proyectamos *in situ*, definiendo la situación. La interacción simbólica resulta ser un medio por el cual se realiza la socialización

humana que acompaña toda la vida del ser social. En definitiva, los procesos individuales y sociales son como repertorios articulables de interacciones sociales cargadas paulatinamente de más significados, según se amplían y diversifican las experiencias. Así, el sentido del yo y el sentido del otro generalizado, a través de este tipo de interacciones simbólicas, se van manteniendo y reforzando, permitiendo a los seres humanos reconocerse como tales y dotar de sentido a sus experiencias.

Dentro de las teorías sociales, y la teoría de la comunicación es una de ellas, podemos hablar de la existencia de tres perspectivas básicas: la positivista, la hermenéutica y la sistémica. Desde esta última, también llamada situacionista, se promueve una metodología sistémica más compleja que las propuestas en los enfoques anteriores, lo cual implica un distanciamiento de la dicotomía entre cuantitativo y cualitativo.

El Interaccionismo Simbólico se sitúa en la última de las perspectivas anteriores. Sus postulados básicos son los siguientes: 1) Los humanos actúan respecto de las cosas sobre la base de las significaciones que éstas tienen para ellos; 2) La significación de estas cosas deriva, o surge, de la interacción social que un individuo tiene con los demás actores; y 3) Estas significaciones se utilizan como un proceso de interpretación efectuado por la persona en su relación con las cosas que encuentra, y se modifican a través de dicho proceso. Las tres premisas anteriores convergen en el énfasis dado a la naturaleza simbólica de la vida social. El análisis de la interacción entre el actor y el mundo parte de una concepción del actor y del mundo como procesos dinámicos y no como estructuras estáticas y escleróticas. Por tanto, se asigna una importancia enorme a la capacidad del actor para interpretar el mundo social y para actuar en él.

Uno de los conceptos de mayor importancia dentro de la corriente del Interaccionismo Simbólico fue el de *self*, propuesto por George Herbert Mead (1959). En términos generales, el *self* (“sí mismo”) se refiere a la capacidad de considerarse a uno mismo como objeto. Así, tiene la peculiar capacidad de ser tanto sujeto como objeto, y presupone un proceso social: la comunicación entre los seres humanos. El mecanismo general para el desarrollo del *self* es la reflexión, o la capacidad de ponernos inconscientemente en el lugar de otros y de actuar como lo harían ellos. Para Mead (1959, p. 184-185), “sólo asumiendo el papel de otros somos capaces de volver a nosotros mismos”, lo cual nos lleva a remarcar, una vez más, la total interdependencia entre la identidad y la alteridad.

De Erving Goffman (1979) retomamos, sobre todo, su enfoque dramático de la vida cotidiana. En términos generales, el enfoque dramático permite comprender tanto el nivel macro (institucional) como el nivel micro (percepciones, impresiones y actuaciones de los individuos) y, por lo tanto, el de las interacciones generadoras de la vida social. Sin embargo, el poder interpretativo de este modelo tiene como límites a los mundos culturales

análogos al de las sociedades anglosajonas, por lo que deberá ser alimentado con estudios de casos que permitan el ajuste de las categorías de análisis a los contextos correspondientes.

Uno de los elementos más decisivos de la obra de Goffman (1979) fue la conceptualización del “ritual”. Su enfoque nos acerca a una forma de comprender el ritual que lo aleja de lo extraordinario y lo ubica como parte constitutiva de la vida diaria del ser humano. Para el autor, la urdimbre de la vida cotidiana está conformada por ritualizaciones que ordenan nuestros actos, por lo que podemos ver a los rituales como manifestaciones de la cultura encarnada, incorporada, interiorizada. O lo que es lo mismo, podemos ver a los rituales como puestas en escena –prácticas- de lo que Pierre Bourdieu (1972) denomina *habitus*¹⁵, esto es, la cultura incorporada, interiorizada por los sujetos sociales.

Las personas actúan tras una “máscara expresiva”, una “cara social”, dice Goffman (1979), que le ha sido prestada y atribuida por la sociedad, y que le será retirada si no se comporta del modo que resulte digno de ella¹⁶. En este sentido, los individuos actúan en la escena cambiante de la vida cotidiana tratando de presentar cada vez una imagen convincente y positiva de sí mismos según la naturaleza de la escena presentada y las expectativas de los interlocutores. El término de máscara de Goffman (1979) ha sido equiparado, en otros casos, con el concepto de fachada. Teresa Velázquez (1992) define la fachada como “lo visible del individuo, las formas de presentación (acciones, actitudes, manera, tono, indumentaria...) en cada momento de actuación” (Velázquez, 1992, p. 116).

Rescatamos dos ideas básicas del concepto de ritual de Erving Goffman (1979). La primera es que nos permite relacionar a los rituales con los procesos de comunicación, puesto que los primeros son actos humanos expresivos que requieren de la comunicación para existir. La segunda idea hace referencia a la relación entre los rituales y la comunicación específicamente no verbal, objetivada en los movimientos del cuerpo, en tanto que los rituales actúan sobre el cuerpo generando obligatoriedad y asimilación de posturas según el contexto cultural en el que el individuo se halle inmerso.

Junto con los aportes del Interaccionismo Simbólico consideramos pertinente hacer un breve apunte acerca de las aportaciones a la comunicación por parte de la Escuela de Palo Alto, también conocida como Universidad Invisible. Según Watzlawick, Beavin y Jackson (1967), es imposible no comunicar, por lo que en un sistema dado, todo comportamiento de un miembro tiene un valor de mensaje para los demás; en segundo lugar, en toda comunicación cabe distinguir entre aspectos de contenido – semánticos – y aspectos relacionales entre emisores y receptores; como tercer elemento básico, los autores señalan que la definición de una interacción está siempre condicionada por la puntuación de las secuencias de comunicación entre los participantes; por último, establecen que toda relación de comunicación es simétrica o complementaria, según se base en la igualdad o en la diferencia de los agentes que participan en ella, respectivamente.

La principal aportación de estas corrientes de estudio es que “el concepto de comunicación incluye todos los procesos a través de los cuales la gente se influye mutuamente” (Bateson y Ruesch, 1984). En este sentido, se rompe con la visión unidireccional de la comunicación y se abren las posibilidades para comprender el fenómeno desde una óptica circular, que sin duda alguna, enriquece el debate comunicativo y permite relacionar la comunicación con otros aspectos de la cultura y la sociedad, en este caso, con la construcción de las identidades.

5. LA COMUNICACIÓN EN EL ESTUDIO DE LAS MIGRACIONES

En otro orden de ideas, debemos ver qué papel juega la comunicación en la construcción y reconstrucción de las identidades en el caso concreto de los sujetos inmigrantes. Un enfoque interesante es el que plantea Néstor García Canclini (1990), quien define los cambios identitarios que se producen por los movimientos migratorios a partir de dos conceptos: la descolección y la desterritorialización. Ambos procesos ponen en duda que la identidad esté formada a partir de la ocupación de un territorio delimitado y con base a la colección de objetos, prácticas y rituales. Para García Canclini, “las migraciones dan un espacio propicio para entender el sentido de la desterritorialización de la cultura” (1990, p. 42) y, por tanto, ofrecen también un rico panorama para un acercamiento a los cambios y modificaciones identitarias a que están sujetos los inmigrantes. A este concepto se contraponen lo que Gilberto Giménez denomina reterritorialización. Según Giménez (2001), si bien “la globalización implica cierto grado de desterritorialización con respecto a las formas tradicionales de territorialidad dominadas por el localismo y el sistema internacional de estados-naciones, constituye en realidad *una nueva forma de apropiación del espacio* por parte de nuevos actores” (Giménez, 2001, p. 8).

Esta forma de entender las migraciones, relacionadas con la identidad y con el espacio, nos hacen replantear la validez de las categorías que se han venido usando hasta hace pocos años para referirse al territorio. Necesitamos, tal y como afirma Roger Rouse (1988), “una cartografía alternativa del espacio social, basada más bien sobre las nociones de circuito y frontera” (Rouse, 1988, p. 1-2). El autor propone estos conceptos para romper con la dicotomía clásica entre centro y periferia.

Las migraciones han sido tradicionalmente abordadas por disciplinas como la antropología y la sociología. Las ciencias de la comunicación han surgido en el panorama de estudio muchos años después, con propuestas que generalmente parten de una visión de la comunicación reducida a lo *massmediático*. Así entonces, predominan estudios acerca de los discursos de los medios sobre la inmigración, sobre el papel de los medios en la integración de los inmigrantes, etc. Se deja a un lado, por tanto, todo lo referente a la comunicación interpersonal.

Sin embargo, desde los años noventa viene desarrollándose cada vez con más fuerza la corriente de estudios de la Comunicación Intercultural. Desde esta perspectiva, la comunicación recupera su dimensión de interpersonal, y se entiende como diálogo, como vínculo, como interacción. Sin embargo, y pese a la importancia que otorgamos a este tipo de estudios, se advierte una falta de sistematización de la información obtenida, que puede deberse a la poca reflexión metodológica y técnica con la que son abordados los estudios de comunicación intercultural.

Además de abrir el árbol de exploración conceptual, es necesario, por tanto, alimentar las investigaciones con una reflexión mayor acerca de los métodos y las técnicas empleados. En esta dimensión, las técnicas de entrevista, entre las que se encuentra la historia de vida, pueden abrir nuevos caminos de búsqueda que, sin duda, ampliarán y darán más alcance a la investigación en comunicación intercultural.

En el caso que nos ocupa, son pocos los estudios que abordan la inmigración desde la dimensión interpersonal de la comunicación. Destacan trabajos acerca de redes entre migrantes, pero hay que destacar que en muy pocas ocasiones estos trabajos son realizados desde la comunicología, siendo la historia, la antropología y la sociología las disciplinas que mayor presencia han tenido en el abordaje de este objeto de estudio.

Para concluir, y para dejar clara la importancia de la dimensión interpersonal de la comunicación en los estudios sobre inmigración, podemos aventurarnos a exponer algunas de las situaciones comunicativas en que se hallan inmersos los inmigrantes. Los sujetos inmigrantes se comunican con su núcleo más cercano (generalmente compatriotas), con inmigrantes procedentes de otros países, con ciudadanos “autóctonos” (donde entra en juego la relación de auto y heteroidentificaciones) y con el entorno, en el sentido físico-simbólico del mismo (con las calles, con sus itinerarios urbanos, con los objetos culturales que usan en sus vidas diarias, con los espacios privados etc.).

En estos juegos de vínculos, de negociaciones comunicativas, los inmigrantes – así como cualquier otro individuo – ponen en escena su “yo”, de modo que la interacción entre *ellos* y los *otros* genera nuevas formas de percepción de uno mismo.

6. A MODO DE CIERRE

Este texto ha pretendido abrir la reflexión en torno a las posibles aportaciones que la comunicología puede hacer al estudio de la relación entre identidad, ciudad y migración. Lejos de querer abordar ampliamente estos tres conceptos, se ha pretendido exponer brevemente cómo pueden ser tratados desde el enfoque de la comunicación. De alguna forma, y sin desmerecer los estudios sobre medios, uno de los puntos clave del ensayo ha sido la consideración de la interacción como dimensión comunicológica fundamental para estudios que

no tienen como centro de reflexión a los medios de difusión masiva. Como ha quedado demostrado en el apartado dedicado a la interacción social y comunicativa, la psicología social y la sociología fenomenológica han nutrido en gran manera a la mirada comunicológica, sobre todo para el abordaje de las identidades, como construcciones del “yo” frente al “otro”, así como para el abordaje de la ciudad, considerada ésta como escenario de la sociabilidad.

Sin otro objetivo que el de abrir el debate de los objetos de la comunicología, las reflexiones anteriores han puesto de manifiesto la importancia del enfoque de la comunicación en un caso específico: la relación entre la identidad, la ciudad y la migración.

NOTAS

¹ GALINDO, Jesús. “De la sociedad de información a la comunidad de comunicación. La cibercultura en evolución a través de la vida social de las tecnologías de información y comunicación”, disponible en <http://www.geocities.com/arewara/arewara.htm> (Fecha de consulta: Abril de 2002).

² Cabe destacar que Moreno parte de un paradigma concreto que “se ocupa de examinar cómo se han organizado históricamente las relaciones sociales entendidas como relaciones comunicativas, y teniendo en cuenta su globalidad y su transformabilidad o dinamicidad” (Moreno, 1990, p. 18).

³ El enfoque físico lo encontramos en la propuesta del proceso lineal de comunicación de Shannon y Weaver, desarrollado en los años 40. Los enfoques críticos, representados en los trabajos de Adorno y Horkheimer, entre otros, tuvieron su máximo esplendor en la época de entreguerras, mientras que los enfoques lingüísticos de Saussure son próximos a la década de los 60. En esa misma década triunfan las perspectivas de corte sistémico, propuestas por los integrantes de la llamada Escuela de Palo Alto, específicamente por Bateson (1972), Watzlawick (1967) y Goffman (1969). Previa a todos estos enfoques, los años 30 se caracterizan por el auge de los estudios de los efectos de los medios de comunicación de masas, cuyos máximos representantes fueron Lasswell, Lazarsfeld y Hovland.

⁴ La mirada comunicológica a la ciudad, la identidad y la inmigración abarca, al menos, tres de las dimensiones de la comunicología: difusión, interacción y estructuración. En cuanto a las fuentes teóricas, son sobre todo la sociología cultural, la sociología fenomenológica y la psicología social las disciplinas que han hecho aportaciones al estudio de los tres objetos antes mencionados.

⁵ En palabras de Marc y Picard (1992), “la comunicación puede ser definida como un sistema *abierto* de interacciones; esto significa que aquello que sucede entre los interactuantes no se desenvuelve nunca en un encuentro a solas cerrado, en un ‘vacío social’, sino que se inscribe siempre en un *contexto*” (Marc y Picard, 1992, p. 39).

⁶ De hecho, Parsons (1966) concibe al complejo de comunicaciones interpersonales como uno de los elementos que conforman cualquier estructura comunitaria; para el autor, las relaciones de interacción entre dos personas están relacionadas en su aspecto físico, dos lugares discernibles entre sí; pero la comunidad no se queda en este mero intercambio físico o espacial, ya que la comunicación siempre supone el poseer una cultura común.

⁷ Para Durkheim (1973) existe, por encima de las representaciones privadas de los sujetos, un mundo de “nociones-tipo” que regula las ideas y que supera al propio individuo. Así entonces, el individuo interactúa con estos códigos para transformarlos y estructurarlos según su interpretación personal.

⁸ Según la tesis interaccionista, la construcción cognoscitiva del sujeto se produce

por la interacción con el medio ambiente, a través de una relación de interdependencia o de bidireccionalidad entre el sujeto cognoscente y el objeto cognoscible.

⁹ En una línea similar, M. Carmen López (1994, p. 218) afirma que “la forma más concreta de interacción social es la comunicación”. La autora añade que “la comunicación presupone un fenómeno más fundamental: la intersubjetividad. Efectivamente, la comunicación con otro, en cualquier caso, debe presuponer la existencia del otro como posible receptor e intérprete del significado comunicado” (López, 1994, p. 229).

¹⁰ El autor define la conmutación como “un conjunto de técnicas y de dispositivos que permiten reordenar, reorganizar, de una forma permanente los nexos sociales, los lazos interindividuales de la vida cotidiana” (Guillaume, 1993, p. 48-49).

¹¹ Hablar de representaciones sociales implica una referencia obligada al concepto de “conciencia colectiva” de Durkheim (1970). Esta noción “es del todo pertinente para comprender la sociedad contemporánea y sus diversas efervescencias, las que se efectúan en torno o a partir de sentimientos, de emociones, de imágenes, de símbolos, causas y efectos de esta conciencia colectiva” (Maffesoli, 2001, p. 101). En este sentido, la ciudad no se constituye únicamente de cosas materiales, sino que la idea que los individuos se hacen de la ciudad misma es tanto o más importante que la imagen material que la ciudad desprende o contiene.

¹² Estas tres formas pueden complementarse con lo que Michel Foucault (1984) denomina ciudad tópica, utópica y heterotópica. Dichas formas de ciudad han quedado expuestas en el capítulo 2 de esta segunda parte de la investigación.

¹³ Para abordar este asunto se ha utilizado el concepto de diálogo intercultural, entendiendo que las relaciones interculturales pueden ser visualizadas como “acciones en situación de comunicación” (Velázquez, 2001, p. 3). Pese a esta consideración de la comunicación como mecanismo activador del diálogo, no hay que caer en la simplificación de asociar automáticamente comunicación y diálogo intercultural. Al respecto, retomamos la apreciación de Xavier Laborda (1993): “La comunicación es un camino que va hacia la alteridad, hacia el que no soy yo. En muchas ocasiones, sin embargo, resulta totalmente insuficiente” (Laborda, 1993, p. 96).

¹⁴ Fue Herbert Blumer quien, en 1938, otorgó el nombre de Interaccionismo Simbólico a esta corriente. Las escuelas que la integran se marcaron como finalidad el estudio de los procesos de interacción social en el entendido de que éstos tienen por sustancia el intercambio comunicacional. En lo fundamental, el Interaccionismo Simbólico postula que las definiciones de las relaciones sociales son establecidas de forma interactiva por sus participantes.

¹⁵ “El *habitus* se define como un sistema de disposiciones durables y transferibles –estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes- que integran todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a predecir” (Bourdieu, 1972, p. 178). Así pues, el *habitus*, como cultura incorporada, es el conjunto de esquemas prácticos de percepción, apreciación y evaluación, a partir del cual los sujetos producen sus prácticas, su cultura en movimiento.

¹⁶ La acción dramática es la interacción entre un agente social que hace presentación de sí mismo, y un grupo social que se constituye en público. El actor suscita en su público una determinada imagen o impresión de sí, revelando su subjetividad de forma más o menos calculada con miras a esa imagen que quiere dar. La acción dramática está dirigida a un público que desconoce las intenciones estratégicas y cree estar en una acción orientada al entendimiento.

REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AMENDOLA, Giandoménico (2000). *“La ciudad postmoderna”*. Celeste, Madrid.
- BATESON, Gregory (1972). *“Pasos hacia una ecología de la mente”*. Planeta, Buenos Aires.
- BATESON, G. y Ruesch, J. (1984). *“Comunicación. La matriz social de la Psiquiatría”*. Paidós, Barcelona.
- BLUMER, Herbert (1938). *“Naturaleza e ideas del interaccionismo simbólico”*. University of Chicago Press, Chicago.
- BOURDIEU, Pierre (1972). “Esquisse d’une theorie de la pratique”. Droz, Paris.
- BOURDIEU, Pierre (1992). “Les règles de l’art. Genèse et structure du champ littéraire”. Seuil, Paris. (Traducción al Español: *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Madrid, 1999).
- CICOUREL, A. (1979). *“La Sociologie Cognitive”*. PUF, París.
- COOLEY, Charles H. (1964). *“Human Nature and The Social Order”*. Scribner’s, Nueva York.
- 68 CORSI, Giancarlo (et.al.) (1996). *“Glosario sobre la teoría social de Niklas Luhmann”*. Universidad Iberoamericana y Anthropos, México.
- DURKHEIM, Émile (1970). “La science sociale et l’action”. Seuil, París.
- DURKHEIM, Émile (1973). *“De la división del trabajo social”*. Schapire, Buenos Aires.
- FOUCAULT, Michel (1984). “De los espacios otros”, conferencia dictada en el Cercle des études architecturales, marzo de 1967, en *Architecture, Mouvement, Continuité*, N°5, octubre. Lima. Artículo en línea, disponible en <http://www.bazaramericano.com/arquitectura/foucault/espaciosfoucault.asp.htm>
- GAGGIOTTI, Hugo (2001). “Multiculturalidad, discurso e identidad urbana en un entorno inmigrante: repensando una metodología para el estudio de las representaciones sociales”, en Nash, Mary; Marre, Diana (eds.) (2001) *Multiculturalismos y género. Un estudio interdisciplinar*, Edicions Bellaterra, Barcelona, pp. 219-231.
- GALINDO, Jesús (2001). “De la sociedad de información a la comunidad de comunicación. La cibercultura en evolución a través de la vida social de las tecnologías de información y comunicación”. Artículo en línea, disponible en <http://www.geocities.com/arewara/arewara.htm>
- GALINDO, Jesús (2003). “Notas para una comunicología posible. Elementos para una matriz y un programa de configuración conceptual-teórica”. México. Artículo en línea, disponible en <http://www.geocities.com/arewara/arewara.htm>

GALINDO, Jesús (2003). “Apuntes de historia de una comunicología posible. Hipótesis de configuración y trayectoria”. México. Artículo en línea, disponible en <http://www.geocities.com/arewara/arewara.htm>.

GALINDO, Jesús (2003). “Sobre comunicología y comunicometodología. Primera guía de apuntes sobre horizontes de lo posible”. México. Artículo en línea, disponible en <http://www.geocities.com/arewara/arewara.htm>

GARCÍA CANCLINI, Néstor (1990). “Escenas sin territorio. Cultura de los migrantes e identidades en transición”, en Orozco, Guillermo (coord.) (1990) *La comunicación desde las prácticas sociales. Reflexiones en torno a su investigación*. Universidad Iberoamericana, México, pp. 40-58.

GIMÉNEZ, Gilberto (2000). “Materiales para una teoría de las identidades sociales”, en Valenzuela, José Manuel (coord.) (2000) *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*. Colegio de la Frontera Norte-Plaza y Valdés, México, pp. 45-78.

GIMÉNEZ, Gilberto (2001). “Cultura, territorio y migraciones. Aproximaciones teóricas”, en *Alteridades*, Año 11, Núm. 22, julio-diciembre de 2001. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México.

GOFFMAN, Erving (1969). “*The Presentation of Self in Everyday Life*”, Harmondsworth, Penguin (Traducción al español: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, Buenos Aires, 1972 y 2001).

GOFFMAN, Erving (1979). “*Relaciones en público*”. Alianza Editorial, Madrid.

GÓMEZ MOMPART, Josep Lluís (1998). “La configuración mediática de la ciudad contemporánea”, conferencia en el IV Congreso de ALAIC: Recife (Brasil), 12-16 de septiembre de 1998. Conferencia en línea, disponible en <http://www.eca.usp.br/alaic/Congreso1999/2gt/Josep%20LGMompart.doc>.

GÓMEZ PELLÓN, Eloy (1997). “Cultura y sociedad”, en Aguirre, Ángel (Ed.) (1997) *Cultura e identidad cultural. Introducción a la antropología*, Bardenas, Barcelona, pp. 109-136.

GUILLAUME, Marc (1993). “El otro y el extraño”, en *Revista de Occidente*, Núm. 140, enero 1993. Fundación José Ortega y Gasset, Madrid, pp. 43-58.

LABORDA, Xavier (1993). “*De retórica. La comunicación persuasiva*”. Barcanova, Barcelona.

LUHMANN, Niklas y De Georgi, Raffaele (1993). “*Teoría de la sociedad*”. Universidad Iberoamericana, México.

MAFFESOLI, Michel (2001). “El imaginario social”, en Vergara, Abilio (coord.) *Imaginarios: horizontes plurales*. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, pp. 97-103.

- MARC, Edmond y PICARD, Dominique (1992). *“La interacción social. Cultura, instituciones y comunicación”*. Paidós, Barcelona.
- MEAD, George H. (1934). *“Mind, Self and Society”*. University of Chicago Press, Chicago.
- MEAD, George H. (1959). *“The Philosophy of the Present”*. Arthur E. Murphy, LaSalle.
- MELA, Antonio (1989). “Ciudad, comunicación y formas de racionalidad”, en Revista *Dia-logos de la Comunicación*, Núm. 23. FELAFACS. Artículo en línea, disponible en <http://www.felafacs.org/dialogos/pdf23/mela.pdf>
- MELA, Alfredo (1994). *“La città come sistema de comunicazioni sociali”*. Franco Angeli, Milán.
- MORENO, Amparo (1988). *“La otra ‘Política’ de Aristóteles”*. Icaria, Barcelona.
- MORENO, Amparo (1990). *“Otra visión del mundo contemporáneo. De las historias personales a la cultura de masas”*. Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra (Cerdanyola del Vallès).
- PARSONS, Talcott (1966). *“Estructura y proceso en las sociedades modernas”*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid.
- REGUILLO, Rossana (1995) “Pensar la ciudad desde la comunicación”, en Galindo, Jesús y Luna, Carlos (coords.) (1995) *Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva*, ITESO-CONACULTA, México, pp. 109-132.
- REGUILLO, Rossana (1996). *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*, ITESO-Universidad Iberoamericana, México.
- REGUILLO, Rossana (1997). “Los mitos gozan de cabal salud. El horizonte de las creencias colectivas en la modernidad mexicana”, en *Comunicación y Sociedad*, Núm. 27, Universidad de Guadalajara, Guadalajara (México).
- ROUSE, Roger (1988). “Mexicano, chicano, pocho. La migración mexicana y el espacio social del posmodernismo”, en *PáginaUno*, suplemento del diario *Unomásuno*, México, 31 de diciembre de 1988, pp. 1-2.
- SCHUTZ, Alfred (1974). *Estudios sobre teoría social*. Amorrortu, Buenos Aires.
- SCHUTZ, Alfred (1974). “Elaboración de los objetos mentales en el pensamiento de sentido común”, en Horowitz, I. L. (1974) *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, Vol. I, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, pp.98-115.
- SILVA, Armando (1992). *“Imaginarios urbanos”*. Ed. Tercer Mundo, Bogotá.
- TAJFEL, Henry (1982). *“Social Identity and Intergroups Relations”*. Cambridge University Press, Cambridge.

VELÁZQUEZ, Teresa (1982). “*El discurso televisivo desde la perspectiva de la lingüística textual. Un caso concreto: la entrevista.*” Tesis de Licenciatura, Departamento de Ciencias de la Información de la Universitat Autònoma de Barcelona. Dirección: Miquel de Moragas.

VELÁZQUEZ, Teresa (1987). “Presentación y representación en lo cotidiano”, en *Estudios Semióticos*, Núm. 13-14, Edita Associació d’Estudis Semiòtics de Barcelona, Barcelona, pp. 165-187.

VELÁZQUEZ, Teresa (1992). “*Los políticos y la televisión. Aportaciones de la teoría del discurso al diálogo televisivo.*” Ariel, Barcelona.

VELÁZQUEZ, Teresa (2001). “La sociedad multicultural y la construcción de la imagen del otro”. Ponencia presentada en las *Jornades sobre Comunicació i Cultura de Pau*, organizadas por la Cátedra UNESCO de Comunicación de la UAB y celebradas los días 28 de febrero y 1 de marzo de 2001. Ponencia en línea, disponible en <http://www.uab.es/incom/catunesco>

WATZLAWICK, P.; BEAVIN, J.; JACKSON, D. (1967). “*Pragmatics of human communication.*” Norton, Nueva York.

WATZLAWICK, P. (1983). “*El lenguaje del cambio.*” Herder, Barcelona.

WATZLAWICK, P. (1981). “*¿Es real la realidad? Confusión, desinformación, Comunicación.*” Herder, Barcelona.

WEBER, Max (1977). “*Economía y Sociedad.*” Fondo de Cultura Económica, México.